

O FASCISMO O PERSONALISMO

Carlos Díaz

1. La historia interminable

Fascismo: en sentido lato e impropio lo que niega totalitariamente a la persona por reducirla a la condición de cosa. Para el totalitario no hay más todo que el yo propio, el yo propio absorbe al todo. La realidad queda dividida entre el yo y el no-yo, y todo lo que es no-yo es arrojado a las tinieblas exteriores, utilizado como medio o instrumento para el yo. Ni el Estado de derecho, ni nada, ni nadie tienen razón de ser para el totalitario, antes al contrario el totalitario afirmará (o pensará) eso tan achacado a Luis XIV, *el Estado soy yo*. Si hay leyes, la Ley la hace y deshace el totalitario, legislador no sometido a legalidad alguna.

Para el totalitario la verdad es el todo, y el todo coincide con él, el totalitario, y nada más que él, de ahí que el totalitarismo e integrismo vengan a coincidir, por aquello de que la verdad se juega en el cara o cruz, en el o todo o nada: *bonum ex integra causa, malum ex quoquomque defectu* (lo bueno ha de serlo íntegramente, y deja de serlo si tiene algún defecto). Y, claro está, la íntegra causa —piensa el integrista— coincide con su humilde persona, y el defecto le corresponde al adversario, al discrepante, o al disidente, o a una conspiración universal de la que sería culpable alguna que otra raza, o quién sabe quién.

Dicho de otro modo, el totalitarismo se alza como la antítesis de toda filosofía relacional según la cual sólo es posible hablar del yo en la relación yo-y-tú, nunca en la perspectiva del *ello*.

Adoptada esta definición, la historia de la humanidad resulta una panoplia totalitaria que comienza en el individuo y termina con la especie.

Resulta ya del todo tópico pensar en Stalin cuando se habla del totalitarismo comunista, cuando se habla de totalitarismo fascista en Mussolini, y cuando se habla de totalitarismo nazi en Hitler, la gran triada de dictadores totalitarios a la que habría que adscribir algún otro personaje híbrido como Francisco Franco, tan trágico como difícilmente clasificable. Pero quienes piensan así deberían saber que están poniendo perezosamente nombres propios a una experiencia nominal común, pues nada es más antiguo que el totalitarismo y lo que *avant la lettre* podría caracterizarse como prenazismo o prefascismo.

Un ejemplo: los libros de José Arturo de Gobineau, conde de Gobineau, que no fue un germano ario, un rudo teutón, sino un latino sensible, refinado y mundano, hicieron poco ruido en su época, pero en las Memorias de Isabel Förster-Nietzsche, hermana del filósofo alemán, se afirma que éste leyó en el invierno de 1876 en Basilea el libro racista de Gobineau, *L' inégalité des races humaines* que le produjo una extraordinaria impresión, aunque Gobineau no veía



el peligro para Europa en la raza judía, sino en la amarilla: «¡La China, he ahí el enemigo!».

Y otro francés, derechista y respetado, Joseph De Maistre, en quien se inspiraron más tarde los energúmenos de L' Action Française tan denostada por Mounier, fue el que dijo aquello tan propio del legionario General Millán Astray de «la guerra es divina», y aquello otro de «el verdugo es la piedra angular del edificio social».

Desgraciadamente el Museo de los Horrores está abierto desde que la prehistoria es prehistoria. Por remitirnos a algunos de sus zócalos, en el antiguo Egipto faraónico numerosos documentos testifican sentimientos de miedo o desprecio por los bárbaros del oeste; entre los griegos el término *xenos* significa extranjero, individuo desconcertante o inquietante, en la República de Roma los patricios prohíben los matrimonios entre clases, y el racismo respira hasta en Horacio: «Hic niger est, hunc tu, romane, caveto (Ahí está el negro, cuidado)» (Sat 1,4). Los helenos clásicos se autodefinen como altos, fuertes, de piel blanca y ojos claros, etc, frente a los demás. Griegos y romanos considerábanse superiores a los bárbaros del norte etiquetados como impulsivos y brutales, y a los del sur a los que describían como astutos. Sólo el cristianismo pretendió acabar con semejante batahola (1 Cor 12, 13).

Para muestra baste un botón. En un documento chino del siglo XVI un mandatario escribe a su hijo lo siguiente respecto de los navegantes europeos:

Estos hombres del océano son animales de elevada estatura. Sus ojos están profundamente hundidos en sus órbitas y su nariz tiene forma de pico de pájaro. La parte inferior de su cara, el dorso de sus manos, y, al parecer, su cuerpo están recubiertos de pelos, lo que les hace parecer como monos de los bosques del sur. Lo más extraño, a veces, es que, permaneciendo incontestablemente hombres, no parecen presentar ninguna de sus facultades mentales. Comparativamente, el más bestial de los agricultores es infinitamente más humano. Mientras, estos hombres del océano se desplazan y viajan con una seguridad propia de hombres experimentados y, para algunos, son extremadamente inteligentes. Así cabe pensar que resulten accesibles a la educación y que, a fuerza de paciencia, se les inculque las maneras de un ser humano.

Si para el olfato blanco los negros hieden, para el negro los blancos huelen a muerto. Hoy huele demasiado a muerto por doquier: en el Ulster, en Sudáfrica, en Turquía, en Kurdistán, en la diáspora palestina de Israel, en los etnocidios de indígenas del Amazonas, en la ex-Yugoeslavia, etc, y siempre aparece un tiro perdido contra Lucrecia Pérez.

2. Pensamiento miticomágico de la tribu totalitaria:

A)

– *paraíso perdido o frustrado* (aurea aetas, ayer dorado que debe ser restaurado): «La mezcla de sangre y, por consiguiente, la decadencia racial son las únicas causas de la desaparición de las viejas culturas».¹

¹ HITLER, A: *Mi lucha*. Ávila, 1935, p. 126



— la culpa es de la acción maléfica de *los otros*, *satanizados* o demonizados («de mi fracaso tiene la culpa la serpiente»): «... estimulada por su sed de venganza y sistemáticamente guiada por el judío, constituye un pecado contra la existencia de la humanidad blanca, y un día caerá sobre ese pueblo la maldición de una generación entera que habrá reconocido, en la deshonra de la raza, el pecado original de la humanidad».²

— *pureza de sangre* que desde la eternidad da derecho a la posesión de la tierra que el otro me quiere arrebatar: «en tanto que judío, sostenía Hitler, será siempre una amenaza», «el objetivo por el cual tenemos que luchar es el de asegurar la existencia y el incremento de nuestra raza y de nuestro pueblo: el sustento de sus hijos y la conservación de la pureza de su sangre»³, «el pecado contra la sangre y la raza constituye el pecado original de este mundo y marca el ocaso de la humanidad que se le rinde».⁴

— *deseos destructores* de todo rasgo de humanidad ajena: «Sólo cuando el Reich, abarcando la vida del último alemán, no tenga ya la posibilidad de asegurarle a éste la subsistencia, surgirá de la necesidad del propio pueblo la justificación moral de adquirir posesión sobre tierras en el extranjero. El arado se convertirá entonces en espada y de las lágrimas de la guerra brotará para la posteridad el pan cotidiano».⁵ «Porque quien no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello es que ya está predeterminado a desaparecer, y esto por la justicia eterna de la Providencia. ¡El mundo no se ha hecho para los pueblos cobardes!».⁶

— *aristocratismo* jerarquizado en torno a la idea de pureza. Los alemanes nacionalsocialistas tendrán «la agilidad del galgo, la resistencia del cuero y la dureza del acero de Krupp».⁷ El *Tratado de los órdenes* (1610) de Charles Loiseau, como las Leyes de Manú en la India, establece una graduación en el estado de *pureza*, a costa de condenar al diferente a pudrirse en la suciedad. El *xenos* es el *no-yo*, que resulta incompatible con un *yo narcisista, limpio, puro*. Así las cosas, *la personalidad autoritaria siempre se considera en el escalón más puro, más limpio*.

B)

La aportación de la psicología alemana a estas aberraciones se basa en la obra del psicólogo nazi Erich Jaensch, profesional perspicaz y competente aunque perturbado, que influyó en las posteriores investigaciones de Adorno. En esencia, Jaensch describió dos tipos: el integrado y el desintegrado, al que llamó *Gegentypus* o contratipo del hombre ario y nacional socialista que encarnaba el *neue Ordnung*. El integrado se caracterizaba por un fuerte eidetismo, por una imaginación realista y firmemente reproductora de su entorno, sin fantasías románticas, por una orga-

2. HITLER, A.: Op. cit. 332-333.

3. Ibi, p. 125.

4. Ibi, p. 144.

5. Ibi, p. 23.

6. Ibi, p. 70.

7. Ibi, p. 185.



nización estable de las funciones psíquicas, por su masculinidad e inclinaciones deportivas fuertes, por su lealtad social, y por poseer un claro instinto para las cuestiones sustanciales de la vida, más bien que por una inteligencia teórica brillante capaz de perderse sin embargo en sutilezas y matices accidentales.

Frente a él, el *contratipo* judío y urbano, decadente y liberal, cuyos rasgos serían: subjetividad, labilidad de la imaginación y del pensamiento, independencia del campo, propensión a las sinestias, feminidad, volubilidad del carácter, organización cognitiva laxa, cierto refinamiento cultural e intelectual.

De ahí deduce el profesor José Luis Pinillos⁸, tras las huellas de Berkeley, estos rasgos propios del totalitarismo de derechas:

- 1) Sumisión a la autoridad.
- 2) Agresión autoritaria al inferior, compensatoria de la sumisión al superior (frustración-agresión).
- 3) Admiración por la violencia y la fuerza, desprecio por el débil y pacífico (*Wille zur Macht*).
- 4) Cinismo, baja opinión de la naturaleza humana en general, compensada por la idealización del propio grupo y su mesías.
- 5) Rigidez perceptiva e intelectual, intolerancia de las situaciones ambiguas.
- 6) Etnocentrismo, prejuicios raciales, políticos y religiosos. Fanatismo.
- 7) Superstición y estereotipia, proyección paranoide, creencia en las fuerzas ocultas y en el control externo, procesos de atribución irracionales.
- 8) Preocupación excesiva por lo sexual.
- 9) Rechazo de la introspección, miedo a la voz de la conciencia, bloqueo de la intimidad.
- 10) Convencionalismo moral, rechazo drástico de las ofensas contra las costumbres y la tradición.

Por lo demás, al parecer sería difícil separar a cabritos de corderos, pues estos atributos del totalitarismo derechista los hizo igualmente extensivos al totalitarismo de izquierdas Hans Eysenck, judío alemán nacionalizado inglés.

C)

De todos modos no hay que recurrir a demasiado misterio para explicar un caso de racismo y xenofobia como el de Auschwitz, si se tiene en cuenta que el hombre es capaz de lo mejor y de lo peor, y si se reconoce la *inconmensurable complejidad que alberga cada ser humano*, la legión que cada uno de nosotros llevamos dentro, que a veces se expresa de forma tan incomprensible como la siguiente: «Mengele, médico de los SS en Auschwitz ... tomó las precauciones médicas necesarias para un parto, observando rigurosamente los principios de la asepsia, cortando el cordón umbilical con gran cuidado, etc. Pero media hora más tarde envió a la madre y al recién nacido para que los incineraran en el horno crematorio».⁹

8. *El totalitarismo de izquierdas*. In *Razón Española*, Madrid, 11 de mayo de 1985, pp. 256 ss.

9. BETTELHEIM, B: *El corazón bien informado*. FCE, México, 1973, p. 234.



Le ocurrió a Mengele, pero pudo haberle ocurrido a muchos, a cualquier nazi y a quienes colaboraron indirectamente con el nazismo, y luego a quienes no protestaron por el nazismo, y así sucesivamente: ¿quién no se ha sorprendido a sí mismo a veces con terroríficos impulsos, de noche en sueños, o de día en momentos de vértigo? Además, cuando tales momentos se agravan por circunstancias externas e internas y se refuerzan colectivamente, entonces no hay ya quien detenga a la marabunta que ruge. No, no se puede ignorar que en cada uno de nosotros se agazapan un ángel y un demonio, y ver el demonio en el ojo ajeno por sólo el ángel en el propio suele constituir la práctica de una mirada tan común como sin embargo obscena, aunque no todos los ojos escandalicen del mismo modo, ni todos merezcan ser totalmente echados a los cerdos. Pero el pecado existe:

«Los alemanes conocían la existencia de los campos de concentración. La Gestapo se había encargado de esto. A los ciudadanos alemanes los conminaron repetidas veces a la sumisión mediante la amenaza de enviarlos a un campo de concentración. Algunos alemanes trataron de luchar, pero casi ninguno sobrevivió. Otros intentaron organizar movimientos de resistencia; ellos se encontraban entre mis compañeros de prisión en los campos de concentración. Fácilmente se puede culpar al alemán común por no haber sido un héroe; pero no muy a menudo ha habido un pueblo cuyo ciudadano común sea un héroe, a menos que esté en circunstancias especiales ...

No podemos culpar a los testigos inermes de los crímenes de la Gestapo mientras no juzguemos a los testigos desarmados de un asalto que no impiden a los bandidos robar a un cajero. Los testigos de un asalto, además, saben que la policía se encuentra de su parte, policía que cuenta con armas más poderosas que las de los bandidos. En cambio, el ciudadano alemán sabía que ninguna fuerza armada lo protegería si estorbaba a la Gestapo».¹⁰

No deseamos defender al pueblo alemán cómplice del nazismo, pero ¿no habría que atacar del mismo modo a los que en Italia se dejan proteger por la mafia extorsionadora y criminal y trabajan para ella, a los que en Colombia colaboran con los capos de la droga, o incluso a los que en España pagan rescate a sus secuestradores, rescate con el que van a generarse a su vez actos terroristas productores de nuevos secuestros y de más muertes? El que esté libre de nazismo, que arroje la primera piedra.

Y que no olvide además que el gran nazismo surge de los pequeños nazismos de nuestra cotidianidad oscura. Cuando el oficial norteamericano preguntó a Krupp qué pensaba de las matanzas de los judíos, éste, que se había enriquecido fabulosamente durante la guerra, respondió lo mismo que responden día a día pequeños y grandes comerciantes:

«He dicho que ignoraba todo sobre las matanzas de judíos y he añadido que cuando se compra un buen caballo no se le miran los pequeños defectos». *Einem geschenkten Gaul, sieth man nicht ins' Maul*: a caballo regalado no se le mira el diente.

10. Op. cit. pp. 256-257.



En Alemania la mayoría era tan hitleriana como Hitler, cada cual en la medida de sus posibilidades, según recuerda ese testigo de excepción cuyos libros me han impresionado, Primo Levi:

«Expresadas de distinta manera, y con mayor o menor soberbia de acuerdo con el nivel mental y cultural del hablante, todas vienen a decir esencialmente lo mismo: lo hice porque me lo mandaron; otros (mis superiores) realizaron actos peores que los míos; dada la educación que he recibido y el ambiente en que he vivido no podía hacer otra cosa; si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro en mi lugar, con más brutalidad».¹¹

Todavía más; en Auschwitz como en todos los infiernos se produce una cierta mimesis o identificación o intercambio de papeles entre el verdugo y la víctima, de modo que entre nazis y judíos se da una intersección, una *zona gris*, cuyo centro lo ocupa ese judío Rumkowski, colaboracionista tragicómico en medio del horror. La degradación del vencido podía llevarle a la misma degradación del vencedor:

«Los débiles, se pensaba, por lo general morían de todos modos durante las primeras semanas; así que parecía bien deshacerse pronto de ellos. Por consiguiente, los antiguos cautivos a veces se convertían en instrumentos para deshacerse de los llamados nuevos prisioneros inservibles, modelando así su conducta según la ideología de la Gestapo. Lo lograban asignándoles a los recién llegados tareas peligrosas, o negándoles la ayuda que podían haberles ofrecido».¹²

Ahora bien, ¿acaso no estamos haciendo todos lo mismo en este capitalismo mundial, donde cada día mueren en Somalia miles de niños más débiles que nosotros, en una especie de campo de concentración invisible pero no menos letal y criminal? ¿quién extermina genocidamente al continente africano? ¿acaso no somos todos los que con las estructuras de nazismo económico mandamos a la cámara de gas a las víctimas día tras día?

D)

El ego narcisista, por patológico, no admite tú, *ni otredad o diferencia*: el otro ha de ser conminado a pertenecer a los míos; en caso contrario, será destruido. O apropiado (lo *propio* del otro es aquí ser *apropiado*), o expulsado; en ambos casos *guerra*, barbarie. Nada vertical soporta la guerra, todo lo quiere debajo, bajo tierra, a golpe de azadón, formando parte del paisaje horizontal en la tumba. Tampoco soporta el xenófobo la prioridad ajena: le repatalea que los indígenas estuvieran ahí, en su tierra, antes de que llegara él.

Se trata de paganismo. El *paganismo* es la voluntad de considerar aldea propia (*pagus*) cuanto se muestra ante mi vista, y el *aldeanismo* el primer paso hacia el *imperialismo* —la gran Alemania, *grossdeutsch*, incluye a la pequeña Alemania (Austria, *kleindeutsch*)—, cuyo paso intermedio lo constituye el *nacionalismo racista*, especie de *apartheid* que segrega al exterior a los demás, y que

11. Los hundidos y los salvados. Muschnik Ed. Barcelona, 1989, p. 23.

12. BETTELHEIM, B: Op. cit. p. 205.



presume de un RH diferenciado y que no vacila en derramar el RH de la sangre ajena. ¿Qué es el *racismo de Estado*¹³ sino el momento político final del racismo social e individual, qué es sino la institucionalización de las conductas particulares, qué es sino la habitualidad de lo que todos dicen combatir excepcionalmente sólo en momentos de repulsa? Si se piensan bien las cosas, *Maastricht* será la forma en que el Nuevo Orden Mundial se constituya en *continuación de Auschwitz por otros medios*, pues mientras la Alemania nazi situaba los campos de exterminio en su propio interior, Maastricht intenta alejar esos campos de exterminio fuera de sus fronteras, frenar su entrada, criminalizarlos, ilegalizarlos e ilegitimarlos en Somalia, Sudán, Marruecos, etc.

... Pero el xenófobo que desprecia al otro entendido como no-yo desprecia cualquier sospecha respecto del posible *no-yo que se alberga en el interior mismo de cada yo*, y con el que hemos de convivir y dialogar («wo Es war soll Ich werden», Freud). De ahí su impermeabilidad y su dogmatismo, su rechazo de la fractura, de la culpa, del pecado, y del perdón, y su alabanza del guerrero de acero: mitomanía del héroe.

Para el xenófobo, las cosas son como son (*principio de identidad*), pero no son también como no son (*principio de diferencia*). Todo es como es: naturaleza de una pieza, de ahí que la educación se rechace, sustituida por la apología, la duda se destierre en favor de la *hazaña heroica*. Y como se es o no se es por raza o clan o tribu, como el asunto tiene lugar en el ámbito de Natura, pero no en el de Cultura, no vale para nada la educación ni el cambio interior, ni la conversión, y cualquier planteamiento pedagógico o socrático huelga. De Sócrates dijo el fisionomista Zopiro a juzgar por su aspecto externo: «Este hombre es esclavo de sus sentidos, y el peor que he visto», y como los discípulos presentes se indignaran, Sócrates replicó: «Esa era, en efecto, mi naturaleza. Pero yo la he reformado por mi educación». Un xenófobo no hubiera aceptado esta respuesta.

E)

– Mas como todos los tribalismos son iguales en su exorcización *del otro* y de *lo otro*, he aquí que cuanto más queremos diferenciarnos de los otros tanto más compartimos con los otros el deseo de diferenciarnos, desembocando así en la paradoja de que todos nos asemejamos en rechazar al desemejante, lo que aporta la prueba contraria de lo que el tribalismo pretende demostrar, a saber, su diferencia.

– Por otra parte, a medida que el otro deja de ser objeto y comienza a ser asimilado a la propia esfera cultural (por dominación) y humana (por amor y por cultura), o por ambas cosas, decrece la xenofobia: un grupo humano marginado del universo simbólico de pertenencia reivindica en nombre de la democracia el acceso a la igualdad mediante la asimilación del código sociocultural dominante, ya sea étnico, lingüístico, religioso, axiológico, consuetudinario, etc.

13. GONZALEZ, M. J Y GARCIA, A.: *De la razón al racismo de Estado*. In *Viento Sur*, 6, diciembre de 1992, pp. 91 ss.



3. ¿Remedios?

¿Cifrar el número de extranjeros entre un diez y un quince por ciento? ¿cristianizar de verdad? ¿internacionalizar al proletariado de verdad? ¿federar etnias en un Estado común? ¿mestizar?

A)

Todo eso y muchas más decisiones nada serán si en primer lugar no se comienza por *pensar en la realidad de nuevo con máxima radicalidad* cual criaturas culturalmente omnívoras, en un *universo cultívoro* con comunidades de intérpretes. Y sea allí clérigo quien tenga algo que enseñar, y laico quien no. Situémonos ante el tiempo mirando la historia no sólo desde el sólo pasado supuestamente pleno, ni desde la tradición cerrada, ni desde el salto en el vacío desde allí contra lo satanizado o pandemonizado. Ausente esa formación humana, el fascismo surge y vence. Allí donde se queman libros se termina por quemar seres humanos, como dijera Heinrich Heine. Veamos algún que otro ejemplo:

– «(en Matthausen) al látigo de goma se le llamaba *der Dolmetscher*, el intérprete: el que se hacía entender por todos. La verdad es que el hombre ignorante (y los alemanes de Hitler, y en especial las SS eran temerosamente ignorantes: no habían sido *educados* o habían sido mal educados) no sabe distinguir claramente entre quien no entiende una lengua y quien simplemente no entiende. A los jóvenes nazis les habían metido en la cabeza que en el mundo había una sola civilización, la alemana; todas las demás, contemporáneas o antiguas, eran aceptables en cuanto contuviesen en sí algún elemento germánico. Por lo cual, quien no entendía ni hablaba alemán era, por definición, un bárbaro; si se obstinaba en tratar de expresarse en su lengua, o mejor, en su no-lengua, había que hacerle callar a patadas y ponerlo en su sitio, a tirar de algo, llevar algo o empujar algo, porque no era un *Mensch*, un ser humano».¹⁴

– «Los SS no podían concebirse realizando una guerra de exterminio contra una minoría indefensa. Para justificar su trato a los prisioneros debían creer en una conspiración poderosa y amenazadora de los grupos de cautivos contra el Estado de Hitler, incluso contra los SS. Su justificación se manifestaba en acusaciones que, en su forma más benigna, suponían una creencia en la inferioridad racial de los grupos minoritarios, a los que creían capaces de contaminar a los perseguidores. Su forma más exagerada fue la convicción de los SS de que una conspiración internacional de la plutocracia judía atacaba a Alemania.

Los SS no tenían pruebas tangibles de la existencia de esta poderosa organización, ya que los judíos carecían de ejército, de marina de guerra, y no ocupaban posiciones políticas importantes en las grandes naciones. Por consiguiente, debían suponer la existencia de una organización secreta. Esto era lo que hacían. Obviamente los mecanismos delirantes modelaban este tipo de persecución. Al creer en una conspiración secreta, el pensamiento antisemita puede compararse con las racionalizaciones del paranoico. Este paciente, como prueba de la astucia del

14. *Los hundidos y los salvados* cit. p. 80.



enemigo, afirma que nadie sino él conoce la existencia del peligro».¹⁵

Y un mal día se destapa la tragedia, estalla la svástica y la cruz gamada de cada pecho se ensangrienta, pero es tan sólo la gota de sangre que ha colmado una cotidianidad aparentemente incruenta, pero llena sin embargo de abdicaciones, de perezas, de egoísmos, y de facilismos a cualquier precio. Es más fácil reaccionar matando, sobre todo cuando la capacidad de análisis es escasa, y menor aún el hábito de la autognosis. Empero, todos somos un poco o un mucho nazis cuando día a día vamos cediendo terreno al lavado de cerebro ejercido por los grandes cómplices, los *mass media amarillos* que juegan con las vísceras de los irascibles ajenos a la reflexión, cuando tanto bien podrían sin embargo hacer ejerciendo su papel con calidad. Oigamos a Gilbert Badia:

«Cuando yo era profesor de lengua francesa en Hamburgo en 1938, cada semana se colocaban en grandes carteles callejeros lo que se llamaba *Die Parole der Woche*, o sea, el slogan, la consigna sobre aquello que debía pensar la gente durante la semana. Junto a los medios de propaganda tradicionales, el nacional-socialismo fue un innovador en la utilización sistemática de la radio ... Hitler y Goebbels insistieron sistemáticamente en esta idea: 'Alemania, no pienses, el Führer piensa por ti'. Teóricos importantes como Karl Schmitt, una autoridad en materia jurídica en Alemania, declararon que la voluntad del Führer era el único fundamento del derecho».¹⁶

B)

Por mi parte sólo puedo añadir que cuando la radio es además, como hoy, sustituida por la televisión hasta límites degradantes, y la ausencia de identidad epistemológica personal es suplida por las consignas del partido o del líder carismático, cuando se renuncia a la *presencia diaria* y militante en la calle, sustituida por el mero monosilabismo cuatrienal del voto, entonces el fascismo rueda cuesta abajo. Es entonces cuando se produce lo nunca visto: el pueblo se duerme en el patíbulo que le lleva al cadalso. Valgan más que mis palabras las de Mounier:

«En mí existe el riesgo de generar en cada momento personas segundas. Ese juego lleva a la persona a las colectividades mismas que la descuidan. Pone su marca en la colectividad fascista que se aglutina en la mística del jefe. Se establece entonces, por parte de cada miembro de la colectividad, una especie de delegación de la personalidad. Se descargan de toda iniciativa, de toda voluntad propia, para descansar en un hombre que querrá por ellos, actuará por ellos. Cuando él diga *yo*, ellos pensarán *nosotros*, y se sentirán, en consecuencia, engrandecidos ... ¿Dónde nacen los fascismos? En las democracias agotadas, en el momento en que la despersonalización y el desorden son tales que todos aspiran a un salvador que solucionará los problemas acuciantes, toda esa masa descompuesta, y obrará milagros cuando ni él mismo tiene el valor para llevar a cabo su obra cotidiana».¹⁷

15. BETTELHEIM, B: Op. cit. p. 205.

16. *Introducción a la ideología nacional-socialista*. Ed. Ayuso, Madrid, 1971, pp. 41 y 48.

17. MOUNIER, E: *Revolución personalista y comunitaria*. In *Obras*, I. Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, p. 233.



Por mi parte considero proféticas estas palabras, y con alto valor de presencia-lidad, por lo cual con Luis Cobiella, antiguo diputado del común canario, yo también percibo el mal social concreto, con nombres y rostros, «en la *abdicación* : abdicar deberes, encargos (no tanto cargos), menesteres que nos son propios y esenciales, con lo cual nos enajenamos y desencualizamos. Veo una raíz del mal en la *permissividad* producida por la abdicación de determinada generación, tal vez de determinadas generaciones. La permissividad (que incluye naturalmente la autopermissividad), en clima de bienestar económico, produce otro mal radical: el *desentendimiento*. Interprétese esta palabra, por supuesto, en su significado coloquial; pero también en su significado etimológico: desistir de entender, abdicar de entender ... Y, tras la permissividad y el desentendimiento, advierto otra raíz del mal social, asimismo conectada con la abdicación, consistente en el *simplismo* , cuya explicitación más frecuente es la *superficialidad*; con ese uniforme el mal arrasa y arranca incluso su propia raíz; quedan así las criaturas tendidas sin sentido, incluso del propio mal: *deja de tener sentido hablar de la raíz del mal* . El superficial se autopermite la abdicación y desentendimiento de cualquier dimensión que incomode lo llano irradiado e inmediato: no solamente dimensión de profundidad sino cualquier otra que diga relación con algo o con alguien. La vida se retrograda a colonias unicelulares, desbaratando así la organizada defensa contra el medio, facilitando así la mayor dictadura del medio».¹⁸

Los irresponsables cotidianos son los peores enemigos de la libertad. Ese trabajo mal hecho, esa impuntualidad, ese absentismo diario, esa laxitud, esa carencia de tonalidad vital, esa anorexia del espíritu es el mejor caldo de cultivo para el fascismo, ya es fascista, llama a gritos a un Caudillo, Duce, o Führer, a un Canciller de Hierro, a una aristocracia parlamentaria de corruptos, de Repúblicas de la Mordida. Me pregunto, en efecto, por el rostro de los dictadores del futuro, y veo con horror que serán la prolongación invertida de nuestra propia imagen: como dimisionarios generaremos hiperactivos, como herbívoros inofensivos y desvitalizados alumbraremos carnívoros crueles y vampirizadores, como hipercríticos de la razón pura y de la santidad pura produciremos acríticos de la sinrazón y del vicio narcisista.

C)

La persona reflexiva y cultivada es más consciente de que no puede abdicar, de que no debe dejar que los demás hagan lo que él debe hacer, pero no lo hará si se limita a echar la culpa a los demás, o si espera de las estructuras lo que no surge de su corazón. Una actitud personalista arranca entonces una *conversión* personal que *mueve poderosamente a la acción*, aunque los demás no se muevan, e incluso aunque no se vea claro el horizonte del éxito, *sin miedo a la libertad* de quedarse solo. Esta actitud exige, claro está, analizar, desmontar analíticamente los mitos:

«Coged la idea de nación, decía Mounier, mostrad que ni la raza ni la lengua ni el suelo ni la historia ni el régimen político ni los sucesos ni la independencia misma son necesarios ni suficientes para su constitución, y la habréis reducido a una ilusión del instinto».

18. Juan Canario. *Los derechos humanos y el diputado del común*. Centro de Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1993, pp. 107-109.



D)

La conversión conlleva el *reconocimiento de la alteridad en su diferenciabilidad* irreductible a lo abstracto-cuantitativo, más allá de Strawson: «Una persona, una conciencia; la misma persona, la misma conciencia». He aquí estas bellas palabras de Jesús de Garay:

«No hay conocer sin diferencia. Ni pensar sin diferencia. No existe libertad sin diferencia ... Nada, absolutamente nada, existe sin diferencia.

O de otro modo: la unidad y el ser no se identifican. El Uno parmenideo, platónico o plotiniano no existe. Es un monstruo inventado por el hombre. La sola materia tampoco existe: la materia es plural, está diferenciada. El ser puro es la nada, como ya se cansó Hegel de repetir. La diferencia es primera. Es decir, en lo primero habita la diferencia. O si se prefiere: el principio de la diferencia es justamente diferencia de principios. No existe un único principio del mundo. No hay *una* razón última que explique toda la realidad. No hay razón sino razones ... No se busca renunciar a la unidad, sino mostrar, dentro de la tradición del Meister Eckhart y del Cusano, que la diferencia habita en la unidad de modo tan originario como la misma unidad.

Ahora bien, diferencia no es negación. Esta confusión ha impedido reiteradamente pensar la diferencia. Se ha creído que decir 'un perro no es un gato' es lo mismo que decir 'un perro es diferente del gato'. Cuando se ha actuado así, todas las diferencias han quedado reducidas a una: la negación. Todas las diferencias han sido entonces homogeneizadas. De este modo se han destruido las diferencias. Se ha llegado a suponer perversamente que la diferencia entre un hombre y otro es la misma diferencia que entre un hombre y una piedra ...

Por lo demás no hay nada de misterioso detrás de la noción de diferencia. Es uno de los significados más corrientes del habla y actuar cotidianos. En todo nuestro comportamiento damos por supuesto que existen las diferencias: entre tú y yo, entre la ventana y la puerta, entre el agua y el fuego, entre una ciudad y otra, entre la alabanza y el insulto».¹⁹

Reconocer las diferencias, sí, pero sobre todo *alegrarse* por ellas, sobre todo renunciar al egotismo. Esto es lo propio de las personas superiores. Son ellas las que no temen por principio a los extraños diferentes, porque confían sobre todo en el poder de lo propio, y las que no dudan en universalizar y expandir el bien, porque incluso como egoístas racionales saben que el bien de todos es bueno para mí y el mal de todos es malo para mí. Son ellas las que no sólo lo dicen sino que lo exponen y respaldan con su vida, dando un bello ejemplo ético a la vez de convicción y de responsabilidad.

E)

Acción, pues, sí, pero no acción-puños ni «dialéctica de las pistolas», como quieren los fascismos. Existe, en efecto, un tipo de acción que es activismo totalitario, y que surge cuando se tiene demasiada prisa por compensar la pereza anterior, como el mal conductor que sale tarde de casa y por recuperar el tiempo arrolla luego en la carretera a una velocidad inadecuada, o como el mal alumno

19. *Diferencia y libertad*. Ed. Rialp, Madrid, 1992, pp. 15-21.



que pretende recuperar en unas noches lo que debió haber sudado durante todo el año. Según nos recuerda Ignacio Sotelo citando la obra de Helmut Plessner *Die verspätete Nation*, «la nación alemana se configura en un Estado moderno demasiado tarde y además lo hace de forma tal que, o bien no logra recuperar este atraso, o bien cuando lo consigue, utilizando atajos particulares, paga un precio muy alto por el desvío». ²⁰ Paga, y —añadimos nosotros— hace pagar.

La acción que busca atajos cuando debió detenerse resulta siempre violenta. Pero no en la acción violenta sino bajo el signo del *acontecimiento* como maestro interior, es donde el *interés* del personalismo comunitario se experimenta con vigor etimológico: como *inter esse*, como realidad que surge y se afianza en el «entre» relacional. La mujer del César no sólo debe ser honesta, también debe parecerlo demostrando lo evidente. Hay que distribuir(se) *haciéndose alteridad*, *alter-ándose*, poniéndose en el lugar del otro, con el otro, pues donde el otro pobre está empobrecido allí está también la nuestra propia. La sequía. Sobre la superficie caen por año 525.100 kilólitros cúbicos de agua de lluvia, de ellos el setenta y ocho por ciento sobre el océano, el ocho por ciento sobre la tierra, el catorce por ciento en forma de nieve. ¿Sabremos modificar la caída de la lluvia encauzándola mediante la ciencia y la conciencia a todos los lugares? Fascismo no existirá cuando el aguila de mayo del amor abra el surco de toda la humanidad si el *nueve de noviembre* (aniversario de la Noche de los Cristales Rotos, inicio del exterminio de judíos en toda Europa) lo sustituimos por un nueve de noviembre como aniversario de la caída del Muro de Berlín que significó el renacer de las aspiraciones solidarias de la historia, luchando para que no se transforme en el aniversario de la elevación de un nuevo muro xenófobo, el de Maastricht.

F)

Hemos llegado de este modo a una exigencia uncial que el personalismo comunitario guarda como un auténtico tesoro en el arca sagrada de sus convicciones fundantes: *hay que perdonar*, ninguna experiencia verdaderamente nueva puede darse si no es desde el *borrón y cuenta nueva que introduce el perdón*. No perdonar significa tornar sobre las obsesiones como la puerca lavada vuelve al vómito, como el asesino al lugar del delito, como el criminal a su crimen; el perdón, por el contrario, nos devuelve al presente vivo, nos libera de la tiranía del recuerdo rencoroso y del futuro manchado por ese rencor, en consecuencia carente de futuro, anonadado por el lastre del pasado.

Perdonar es renunciar al ejercicio del poder, renunciar a las posibilidades de la justicia, a exigir retribución o compensación. El perdón que abre futuro es el que rompe la ley de la deuda, pues perdonar es renunciar a tener la última palabra, aunque no lavándose las manos como si nada hubiese ocurrido. Kierkegaard lo ha visto:

20. SOTELO, I: *La unidad alemana y el proyecto europeo*. In *La idea de Europa. Una aproximación filosófica*. Generalitat Valenciana, Valencia, 1991, p. 19.



«El espíritu superficial quiere que hasta ese recuerdo se olvide, que todo se perdona y se olvide. Sin embargo la fe dice: todo está olvidado, *pero* acuérdate del perdón ... El creyente no debe olvidar, por el contrario debe *recordar que está perdonado* ... *Cada vez que recuerdas el perdón, el pasado queda olvidado, pero cuando olvidas el perdón, el pasado no queda olvidado* ».²¹

No se trata del habitual, vulgar, penoso, y rencoroso «perdono pero no olvido», sino del restaurador «no olvido el perdón que me pide una vida nueva», un olvido que sólo puede tener lugar *después del perdón*, y en ningún caso en lugar del perdón; por eso se vuelve curativo, sanador, y re-creador, milagroso porque vivifica perspectivas muertas. Se equivocaba Nietzsche cuando en vibrante elogio del olvido afirmaba que:

«sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, *ningún presente* ».²²

Nietzsche se equivocaba porque veía en el perdón una vuelta del resentimiento contra sí, una interiorización del resentimiento que por boca del perdonado ya no dice: *es culpa tuya*, sino *es culpa mía*, con lo que el perdón devendría una especie de eternización de la deuda impagable por incapaz de olvidar que hemos sido perdonados, retroalimentada continuamente por la memoria del perdón: todo se expiaría, el mal y el bien, éste especialmente.

Pero no, el perdón rompe definitivamente, victoriosamente, el círculo del recuerdo inculpatario cuando es concedido por un incondicional y permanente acto de amor. Por eso es *per-don*. Desde esa actitud (y sólo desde ella) tiene mucho de amnésico.

G)

Esto significa que perdonar entraña también dar día a día el don de la vida, silenciosamente, aunque tensamente, pues el combate interior puede durar toda la vida, en la que no pueda distinguirse una sola semana de frivolidad. Hay quienes asumen heroicamente muertes sublimes, ciertamente, pero también hay quienes a veces mueren por grandes ideales porque no son capaces de vivir por ellos, o porque consideran que no merece la pena vivir el esfuerzo diario de lograrlos. Dicho de otro modo: salvadas las grandes excepciones, muchas veces *es más fácil morir como un idealista que vivir como tal*, y hasta es más fácil morir heroicamente que pensar con rigor.

Carlos Díaz
Presidente del Instituto Emmanuel Mounier

21. KIERKEGAARD, S: *Leidenserners Evangelium. Chistelige Taler.*

22. *Genealogía de la moral.* Alianza Ed. Madrid, 1972, p. 66.